R. ESTRADA

MOMENTO PSICOLOGICO



MEXICO
1914

Momento Psicológico

La austeridad silenciosa del gabinete de estudio invitaba a la meditación.

En aquella hora vesperina frontera a la noche, olvidado de sus diurnos deberes en fuerza de autodominio, placíale la intelectual delectación, ora sobre sí mismo, ora en amplias radiaciones impersonales en que su «yo» enmudecía ante el vivir radiante de las cosas.

¿Un filósofo? . . . . . . El mismo no acertaría a definirlo y mucho menos a afirmarlo. Poco o nada le preocupaba saberse o que le supiesen filósofo. Esto de «filósofo» antojábasele en ciertos ejemplares el antifaz de una nulidad y en otros el barniz de una podredumbre. La correcta delineación de su frente podría tomarse como delatora de inteligencia; el profundo matiz sombrío de sus ojos y la viveza de su mirar, como augurios de psíquica potencia concentrativa; la melancólica seriedad de su fi-

sonomía, como el sello de un espíritu misantrópicamente analista; las acentuadas comisuras labiales, la firme y delicada contextura mandibular y la armónica disparidad de las hileras de pequeños y apretados dientes, hablaban de energía, tal vez de crueldad; la suave carnosidad de los labios y lo vibráctil del cartílago nasal impresionaban con sensualismo refinado y soberbio. El propio, en una hora de autopsicólogo y en ensayos de frenología, habíase consultado, con Lombroso en la mano, y pudo sonreir de la solución: tenacidad propia para grandes empresas, obstinación pasional propensa al homicidio y a la sanguinaria voluptuosidad. Y cabía la sonrisa, porque recordó una cuasi cobarde rehusa de una ofrenda de virginal honor—después lamentada—ante la perspectiva de bien vulgares consecuencias; dos o tres amorosas renuncias, con hastiosa displicencia, ante los obstáculos de la femenil astucia o del social prejuicio, porque—pensaba—no valen algunos goces el trabajo de conquistarles, y el humedecer de sus ojos en presencia de agonizantes pajarillos en sus tiempos de colegial cazador.

Echóse negligente sobre el amplio sillón en tripié y flexibles muelles, forrado en piel obscura, y apoyó el brazo derecho en la inmediata mesa-escritorio. Sentíase cansado. ¿De qué? Aunque poco trabajo aquel día, eso poco le pareció monótono, pesado, tedioso; ya entrada la tarde le invadió un afán de soledad, ad-

vertido quizá por sus últimos clientes, quienes se despidieron sin exponer negocio alguno...... Así, al menos, le pareció, aunque no recordaba, o no quería recordar asunto ninguno en esta silente hora. Era el caso que ya se encontraba solo, solo consigo mismo, sin preocupación de urgentes tareas...... y no pensaba en nada. ¿Por qué, entonces, aquel afán de soledad?...... ¡Psh!

El hastío en sus labios y una inconsciente y profunda vaguedad en su mirar acentuaban la negligencia de su postura. A su anhelo meditativo respondía su mente deslizada en vaguedades penumbrosas, formando una ininteligible maraña los tenues y ondulantes hilos de sus pensamientos. Imposible concentrarles y coordinarles.... ¡él, que era maestro en coordinación y precisión! Maquinalmente, del bolsillo izquierdo del saco extrajo la cigarrera; agradóle en las extremidades de sus dedos la suave tersura de la fina piel, y tan ligera sensación disipó la brumosa maraña mental. Impresionó su retina el áureo monograma cuasi microscópico, como para él sólo inteligible. Sonrió con dulzura a la evocación: un obsequio de...... una joven dama francesa. El penúltimo y aun reciente idilio: ojos de azul prúsico—la irlandesa negros,—boca diminuta y mimosa, cabellera selvática, y cuello y hombros y senos.... ¡Oh, qué encanto el de aquellas noches y qué endemoniado *esprit* de la romántica!.... ¿Romántica y francesa? La exclama-

toria interrogación no tuvo respuesta ante la cigarrera abandonada ya sobre papeles y la boquilla de traslúcido ámbar, igualmente monografiada, entre el índice y el medio de su mano izquierda. Sonrió, pero ahora dolorosamente, y una como luctuosa nube cubrió el brillar de sus ojos...... ¡Oh! regalo también del amigo en áspero tiempo inseparable, del soñador, del visionario; de quien con un poco más de talento y un mucho menos de bondad hubiera realizado obra trascendente y tranquila existencia personal y evitado la criminal tragedia que aplazara una obra y segara una vida...... Rota la magia evocatriz del amigo infortunado por lo chocante y audaz de la afirmación. No, a la frase la faltó el «quizás».... porque ¿quién puede saber el por qué se realizan o dejan de realizarse tales o cuales obras y el por qué de la tranquilidad o del infortunio? ¡Fatua suficiencia humana, que pretende saberlo todo y que al fin satisface su afán de explicación con una mezquina hipótesis! Paradoja... ¿Pero no es la existencia y el mundo y todo una enorme paradoja?

Encendió el cigarrillo. La columnilla de humo, recta hacia arriba y a cierta altura extendida en ondas, le atrajo. Supúsola un ramillete de artística policromía.... Humo—pensó—, humo.... ¿Es que le era preciso el excitante de la nicotina, como a otros el alcohol? Porque siempre sucedíale igual. ¿Un vicio hecho costumbre y, por ende, necesidad? Podía suprimir-

le...... ¿Para qué, si le agradaba? Humo—tornó a pensar—, humo, hu...... Fulguró irónica su sonrisa: *¡Humo!* Le necesitaba, *materialmente... Pecata minuta* junto al anhelo insaciable de humo, generalísimo, y sin peligro de reventar en cualquier momento. Recordó a fulano, a zutano, a mengano: globos todos—indirigibles racionalmente y sí servilmente—; unos reventados y otros próximos. El humo ascendía y con el humo el displicente intelectual vagar.

La ceniza se estrelló en la pierna izquierda. Instantáneo sacó el pañuelo japonés y con caricioso sacudir esparció el fino polvillo. Pudo contemplarse, de pecho abajo, el impecable flux negro, "derniere mode," y el correcto borceguí francés. Con forzada inclinación de cabeza miró indolente la cadenilla de oro, sobre el pecho, de bolsillo a bolsillo del chaleco; el *dije* circular en oro mate, brillante al centro, atrajo su mirar. Presa la boquilla entre los dientes, levantó con la mano izquierda la áurea joya.... Inútil es esto—pensó—, salvo la vanidosa ostentación frente a los huérfanos de alhajas o exhibidores de "gophir" ante la joyerífica estulticia .... "Estultorum numero......" Y esto otro—al tropezar con el brillante del dedo meñique de la misma mano—...... Sí, en éste, no en el anular: por *soltería*.... Le pareció curioso eso de "sueltos" a los no casados, y curiosísimo el que la sociedad tuviese más confianzas y más respetos para los casados. Un manicomio, pues, la sociedad, en donde prestan más garantía los

sujetos a la camisa de fuerza del matrimonio... ¡Oh! para llenar los fines de la vida ... ¿Y a qué la intervención de jueces y sacerdotes? Los animales inferiores no han menester de tales intrusos y llenan perfectamente esos fines, según entiendo ... Animal superior, el hombre.... *Superior* ..... ¿Más animal?...... El amor, la atracción sexual, o como se llame, es un factor poderosísimo de la vida, y quizá los primeros jefes, o caciques, o patriarcas, decidieron reglamentarle como un decisivo medio de dominación. De ahí, tal vez, que tanto el Estado como las diferentes religiones compitan ardorosamente en la sujeción de los individuos a sus respectivas autoridades...... Tornó a sus apreciaciones de fausto. Inútil, inútil—pausadamente, como sin comprenderse por completo—; pero, al fin, fuentes de satisfacción. Y arguyó que quizá la mayor era la de ostentación. Cierto que no deja de ser cómoda una vida arrastrada en carruaje; pero el mayor goce estriba en la voluptuosidad de ostentarse privilegiado ante los pedestres. Al alhajado no le basta saberse tal, sino sentirse contemplado. En un desierto o en una cárcel se transforma por completo la indumentaria. Inútil, pues, intrínsecamente, todo fastuoso aparato..... ¡Oh! no: en apuros, al montepío con alhajas y carruajes. Luego, tiene algún valor todo eso. Cada quien es lo que creen los demás que es...... ¿Y por qué esa escala de valores: el brillante más que el oro, el oro que la plata, ésta que el cobre? Según su abun-

dancia, su laboriosidad en la manufactura, su utilidad. Si únicamente lo primero, el valor dependería de la Naturaleza; si lo segundo, del Trabajo; si lo tercero, del perenne fluctuar de las necesidades. ¿Intervienen los tres factores? ¿equitativamente? ¿predomina alguno, o debe predominar....? Problema. ¡Cuánta tinta gastada! ¡cuánto papel embadurnado! ¡cuánta sangre....! Y el que triunfa tiene la razón . El Dios Exito portador inexorable—¿indiscutible también?—de la razón...*Exito*...Razón... El éxito es, generalmente, una resultante de la fuerza.....*Razón*...... *Fuerza*. ¡Dos formidables términos! Lo enormemente contradictorio, según ultrasabios, archipoetas...y políticos fracasados. ¿Son, en efecto, entidades contradictorias, inconciliables, excluyentes? ¿No adoleceremos de enorme miopía?... Razón... Fuerza...¿ Cuál será la razón del Universo? ¿cuál la fuerza del Universo? ¿No será la Fuerza la que rige los destinos universales...? Entonces, debe ser la Fuerza la ley suprema, *la Razón del Universo*. Positivamente hablando, ¿no será, acaso, la Ley la Fuerza reglamentada...? Le pareció bordar en el vacío: ¿Qué es la Fuerza? ¿Entidad metafísica; fenómeno físico? Aseguran los maestros en tales embrollos que la Fuerza se manifiesta en movimiento...... Mo-vi-mien-to....... ¿Y el *Movimiento?* ¿La Fuerza desarrolla movimiento, o el Movimiento desarrolla fuerza....? ¡Muy bien, suprafilosófico.... .!

Eclipse mental. Todo hundido entre penum-

bras. Ni él mismo podría reimaginarse lo imaginado. Tuvo conciencia de la obscuridad rodeante, en el estudio apenas esclarecido por los reflejos de la luz eléctrica de la calle. De noche. Imprimió media vuelta a la llave de la luz, al alcance de su diestra. Sacó el extraplano, de oro; miró la carátula, y no supo la hora a pesar de contemplar a horario y minutero y romanos números y de decirse y repetirse la frase interpretante del tiempo actual. Le pareció un ingenioso juguete el reloj. Al fin, le tornó al bolsillo sin siquiera saber el objeto de haberle sacado. Encendió otro cigarrillo. Sus ojos siguieron la humosa columnilla. Divagó en locomotoras y ferrocarriles y en la inmensa utilidad de tales invenciones. Evocó a Fulton y a Napoleón, a la agrupación científica que desechó el proyecto del primero, y saboreó la quizá tristísima ironía de la supuesta o real frase bonapartina a sus Mariscales, frente al primer buque de vapor años después: "Creed ahora a las sociedades de sabios." La apreciación sobre lo útil de la invención le hizo evocar el tema abandonado. Mentalizó retrospectivamente con cierta lucidez. ...... Sí, pensaba en algo de "utilidad" y de "valor." *Escala de valores*. ¿Y después? .... Displicente contracción de hombros ..... Qué incongruencia, qué vaguedad en los tipos de valor, aun para lo plenamente positivo y material. No dejó de parecerle risible ese afán de establecer valores morales. ¡Cuánta fatuidad! Y sobre tales ejes rolar las colectividades....

Convencionalismos, conveniencias sociales....
¿Quiénes convencionaron, quiénes convinieron? ¿Y sobre qué intereses? Se imaginó, en la prehistoria, a unos cuantos poderosos—¡siempre la fuerza!—resolviendo en provecho propio los intereses de todos. ¿Serían indispensables estas conveniencias?...... Es que a él le convenía vivir cómodamente...... y X le habló de que le convenía su automóvil a vil precio; y también los ojos de...... *aquella* le indicaron con avara elocuencia que la convenían el brillante del meñique y hasta la cartera..... llena, por supuesto. ¡Bah! El, elegante y alhajado. ¿Un dandy? No se encontró ridículo..... Pero podía autojuzgar? Se preguntó qué valdría más: él, intrínsecamente, o sus exterioridades. En su imaginación danzaron algunas imágenes de amorosas conquistas: ¿las habría realizado por sí mismo, o por sus vestidos y joyas y carruajes? El problema quedó suspenso en enigmática sonrisa.

Con suavísima y frágil incoherencia, como entre pálidas gasas, su displicente imaginar le cinematografió ojos, cejas, cabelleras, alcobas, caballos, carruajes, teatros, artistas, camerinos, fábricas, obreros sin trabajo, huelgas, orfandades, champagne, días campestres...... en tanto que los cigarrillos consumíanse con periódica frecuencia. En vano su pugna por fijarse una tesis, un motivo preciso de meditación. Planteado un problema, rompíase presto con la magia evocatriz de unos ojos, de una íntima

caricia, de una frase graciosa, de una sátira oportuna de cualquiera hembra sobre cualquier macho ..... Instantánea clavósele una frase: "*To be or not to be*"—"Ser o no ser"—To be or not to be...... Repetíala con inconsciente martilleo, ya en inglés, ya en castellano, sin darse cuenta de su significado sintético, ni aun siquiera del gramatical de cada una de sus palabras...... "Ser o no ser"...... "*That is the question*"...... ¿Y por qué éste el problema?..... ¿Y a qué la frasecilla? Inquiriendo, supuso que por el pasar de su mirada por los cristales del librero inmediato: allí estaban, lujosamente empastados, los dramas del ilustre británico. ¡Ah! sí...... Surgió Hamlet. Le pareció fantasmagórico y ridículo. Luego Ofelia: exquisita flor de exótica pasión en las profundidades del cardíaco enigma. ¡Raras imágenes de la humana psiquis! No concebía, con íntima persuasión, la realidad de tipos tales ... Hamlet y Ofelia se entenebrecían en su mental panorama; el uno, como diluído en las sombras macabras de su fatal herencia, hecha locura en una alma pasionalmente trágica, y la otra, como amorosamente absorbida, con sus flores, por las ondas del río, en cuya superficie flotaba por un momento el rubio prodigio de su cabellera, entre suave y perfumosa irización de pétalos....... ¡Triste y dulce víctima de la anormalidad ajena! Se percibió amoroso, tierno, con una como sed o nostalgia de amor..... «Ser o no ser,» persistía con tenaz martilleo,

espantando otras imágenes. Por fin, comprendió el significado de las palabras. *Ser*—mentalizó afanoso en esculpir la idea—, *¿ser?* ...... Sí: una realidad, una existencia ..... ¿Y el *por qué?* ¡He ahí la clave! Frente a cada existencia se abre la suprema interrogación, aparece la Esfinge. Y la humana inteligencia, anhelosa de explicarlo todo, lanza en respuesta enormes bibliotecas sobre la cabeza de la Esfinge, que permanece inmutable, inconmovible .... "Pienso, luego existo"—evocó—. ¡Brava afirmación! .... Pero, irónico, pensó: Muchos hay que no piensan y existen—el cretinismo abunda—, y otros que a fuerza de pensar no existen—poetas—. ¿Sofisma acaso? ...... ¡El, un sofista! ¡Bah! ¿Sabemos distinguir el sofisma de la verdad? Esta sabiduría, de que tanto la humanidad se enorgullece ¿no es un hacinamiento de sofismas y verdades? ¿Quién es capaz de separar lo uno de lo otro? .. .. *Ser* ...... ¿Por qué soy? Misterio. ¿Quién soy? ¿qué represento, qué sintetizo en el Universo? ...... Bueno; contentémonos con la mezquindad del "cómo." ¿Cómo soy? ...... "Conócete a ti mismo." "El conocimiento de sí mismo es la suprema ciencia." Frasecillas ..... Con tales ropajes pretendemos hacer sabiduría de nuestra ignorancia. Porque si yo no me conozco ¿quién puede conocerme? Yo, exclusivamente yo, *podría* saber lo que pienso y lo que siento; yo, el único que *podría* tener la base para mi análisis y mi síntesis. Mi yo íntimo escapa a la

ajena inteligencia...... Y no sé de mí más que mi nombre y algunos hechos por mi memoría catalogados...... ¿Es digna de fe absoluta la memoria? Rióse francamente. Siguió en un lamentable e impreciso vagar en que los pensamientos ni siquiera podrían ser traducidos en frases. Ideas rotas apenas concebidas.

Paulatinamente, en su mental escenario hacían *mutis* todas las imágenes. El propio tuvo la sensación del vacío, con pesada laxitud de sus miembros, como rendido por un exceso de ejercicio material. Extendió las piernas, reclinó la cabeza en el respaldo del sillón, echado atrás sobre sus resortes, y, presa la boquilla en los dientes, siguió las temblantes evoluciones de la humosa columna, ahora en espiral. Percibió el rodar de un carruaje y luego el rápido patear sobre el asfalto, indicador de brusca parada. El faeton—pensó,—y de seguro con el tronco de prueba......¿Pero a dónde ir? Eso de pasar y repasar la bulliciosa y estrecha avenida le pareció fastidioso, ultraburgués...... ¡Ah! le esperaban los amigos del casino a cenar. No, tampoco: no estaba para alcoholes disimulados con espumas ni para engurgitar obligadamente. Ya les diría, mañana, que un catarro, un negocio importante, una visita inesperada ...... cualquier pretexto. En fin, se veían diariamente..... ¡Oh! no: banquete al Ministro... Tanto peor. No estaba para etiquetas y cumplidos y mucho menos para escuchar brindis en que el mismísimo *Superhombre* resultaría un

mamarracho al lado del personaje. Además, ni su presencia ni su ausencia importaban: figura decorativa, si acaso, y no estaba él para comparsa. Pero.... ¡Bueno! si se viese en el caso de ocurrir al Secretario de Estado—eso, *secretario*,—ya le diría que era un Colbert, un Pitt, un Bismarck.......... o cosilla semejante. Nadie es insensible a la lisonja y mucho menos el interfecto. Sin explicarse el motivo, recordó el carnoso y ambarino lóbulo de una oreja. ¿De quién?.......... ¡Oh! sí: una rubia, ya madura, de aniñada coquetería. La conoció a su diestra, en un banquete en provinciana ciudad, y le encantó. Seductora su estampa y sujestivas su harmoniosa locuacidad y la discreta despreocupación de las rodillas debajo de la mesa. Para mejor deleitarse en la gentil presencia, hízola invitar a un día de campo organizado en correspondencia del banquete, pero con la íntima intención de *para ella*.

Comieron la una al lado del otro y bebieron hasta la amplia y policroma verbosidad, ante la amable complacencia de los comensales para el anfitrión. Deslizáronse insensiblemente en el ameno campo del «flirteo»...... ¡Oh, la maestra en el mirar y en el sonreir y en la frase cariciosa e insinuante! A la siesta, ocurriósela a la femenil compaña divertirse ecuestremente a costa de un potro prematuramente amansado hasta lo asnal. Ahí de los gritos y de las risas y del fingir de miedos..... y del malicioso exhibir de restiradas y sedosas medias en mul-

tiformes y deliciosamente incitantes pantorrillas. Tocóla su turno. Resistíase mimosa entre exclamaciones como reclamo de mimos; ante la *briosidad* del potro...... hasta que pudo convencerla el compañero con levantarla...... Pero, al influjo quizá de la argentina algazara o de traviesa intención, el potro recordó serlo y medio escapó el lomo. La fracasada ginete lanzó un ¡ay! fingidamente terrorífico, para caer con intencional semidesmayo en los brazos de su ecuestre iniciador. Las compañeras se miraron maliciosas. El sentíase feliz con la presión del regio busto sobre el suyo propio. La miró entonces la diminuta oreja tan cerca, tan cerca, que resultó angustioso el dominio sobre el osculario anhelo de sus labios. Presto tornó de su desmayo la locuela fascinante y sagaz; pero el incidente inició una cierta intimidad, que desgranó la maravilla de sus primicias a la refrescante y perfumosa sombra de duraznos, limoneros y rosales ......

Suspiró. ¡Cosas idas! ...... ¿Por qué esa mezcla suave y sutil de tristeza y alegría en el fondo de toda remembranza? ¿Por qué esa nostalgia de lo que fué? Pretendió explicárselo. Si el recuerdo es de algún hecho doloroso, la reflexión de ese dolor se une a la alegría de *haber pasado;* si de algún acontecimiento alegre, la reflexión de esa alegría se une a la tristeza de *haber pasado.* Esta sensación refleja de lo que *fué* se torna palidescente, vaga y uniforme. a través del tiempo, igual que las más abruptas

cordilleras esconden sus vorágines y se ostentan en diáfano y sereno azul a través del espacio. La magia de la lejanía, material o ideal. El tiempo, como el espacio, tiene su ilusionista atmósfera; de ahí esa atracción de lo pasado, esa dicha que suponemos perdida, esas "edades de oro" y ese común sentimiento—traducido en ideal por los pensantes cardiacos y en frenesí por los visionarios—de reivindicaciones...... Espejismos. El dolor y la alegría son comunes a todas las edades. ¿No suspira todo hombre por sus edades pasadas? ¿Y no es más fuerte, principalmente para el caduco, la atracción de la adolescencia? Está más lejana. Pensó, que de ser cierta la espírita doctrina y si el niño al nacer trajera conciencia de sus pasadas encarnaciones, quizá suspiraría por la vejez anterior......

Bruscamente tornó a la campestre tarde. Sobre fondo de indecisas y borrosas imágenes surgió clara y distinta la del potro aborricado. Como ése en ánimo y talla, aunque de color diverso, tuvo uno en su niñez para su ecuestre aprendizaje. Con este recuerdo su imaginación voló a su lejano poblacho y a su hogar, y percibió una placentera expansión de su espíritu ante el bucólico panorama. Surgió la "hacienda" envejecida de sus fallidos abuelos paternos y con ella los madrugares para saborear la espumosa leche, el "rejuntar" y los "rodeos" de la grey bravía, los días lluviosos...... ¡Qué dulce racha de melancolía, con bien clara y dis-

tinta resurrección de tantas cosas! Contempló la familiar escena, antes de la dispersión por matrimonios o por afanes de educación...... Fulguró la paterna imagen: sereno, de poco hablar, austero casi siempre y en ocasiones entrañablemente amoroso, pero sin extremas exteriorizaciones...... Y *ella*—la madre—.. ... ¡Qué tierno resplandor de lejanía! Aun creyó percibir en las reconditeces de su propio ser el magnetismo de aquel mirar profundo y como de puñal, el rostro erguido y a medio caer los superiores párpados cuando la intención era de correctivo o de disgusto, u hondamente acariciadora en el aconsejar. Con cuánta precisión evocaba el severo rictus, la como esculpida prominencia nasal, la voz grave y acentuada..... Como saetazo le hirió la evocación del favorito consejo paterno: "Sé siempre honrado." ¡Grave remembranza! *Honrado*, mentalizó interrogante. ¿Acaso término absoluto? Frunció el entrecejo y sonrió de una manera forzada, como amarga, por el asalto de evocación contradictoria. En la primera alborada de esta ya larga ausencia, con el postrer consejo en la mente y cabalgando hacia la inmediata urbe a la lucha por la vida, tropezó con un viejo ranchero, "ladino," que le acompañó hasta la próxima ranchería. "Conque siempre no le mercó usté el ruano a Pioquinto?" "De tan manso no me gustó, don Blas." "Hizo bien, amo: *caballo manso pica a malo y hombre de bien a......* Usté me entiende, amo, y perdone la mala crian-

za." En aquel entonces se limitó a reir; después, ya en el luchar por la vida, surgían a cada momento, aparejados y como inseparables, el consejo paternal y el dicho de don Blas....... ¿Tonto el hombre de bien? Se quedó perplejo.

De su plano subconsciente se elevó melancólico resplandor, reviviendo amargores juzgados resultantes de actitudes honradas y rectas. Cierto que era inseparable una íntima satisfacción, pero también la evocación de críticos momentos y duras épocas. *Actitudes honradas y rectas......* ¿Quiénes las juzgaron así? Algunos, es verdad; pero otros ... quizá menos, quizá más, calificáronlas de diverso modo. ¿Quién el juez? ¡Bah! Lo insoluble le hizo dudar de sí propio. Pensó luego en muchos de millonaria fama y con fama de haberla conquistado al unísono de flexibilidades dorsátiles, de ruines condescendencias, de innobles y hasta criminales procederes. Y la sociedad—meticulosa para absurdos prejuicios—les recibía sonriente, como halagada por producir ejemplares tan bellos. Recordó la inauguración de su propia y actual semi-elegancia: un negocio arreglado en media hora y tasado el honorario a razón de mil pesos el minuto..... ¿Ya merecería el título de pillo? No; aun podía pasar inadvertido..... ¿Le asistía, pues, la razón a don Blas? Inició la respuesta afirmativa; pero le contuvo bruscamente una anécdota: Un individuo invitaba a otro a la ejecución de un cuantioso robo, y como le viera vacilante le dijo:

"Resuélvete, que de las mayores audacias salen las grandes fortunas." "Sí,—contestó el invitado—; pero también están llenas las cárceles......" La maldad tenía, pues, su castigo. ¡Tenía razón su padre! Y le invadió una racha de alegría...... ¿Pero, por qué unos castigados y otros recompensados, siendo igualmente innobles......? ¿Igualmente ...? No les encontraba idénticos. Inquiría, afanoso en disipar su mental desasosiego...... ¡Ah! unos *torpes* y otros *hábiles*.... ¿La habilidad, pues, una gran virtud? Asintió; pero hizo asco ante la habilidad para lo indigno, para lo bajo, para lo delictuoso. Imposible admitirlo; lo rechazaba un íntimo y poderoso impulso, inexplicable. Se formuló esta pregunta: ¿Qué objeto tiene la riqueza? Rápido se contestó: procurar satisfacciones. ¿Las satisfacciones son exteriores, son objetivas? La satisfacción se *siente:* subjetiva. Luego, todo lo que sea fuente de satisfacción tiene que ser riqueza. Podía ser el dinero una, pero no la única. Rico debe llamarse al satisfecho, aunque no posea nada en propiedad. Le pareció que la ostentación fastuosa no era una prueba concluyente de verdadera riqueza, de satisfacción íntima, de...... Detúvose ante la idea de "felicidad," porque rehuía los conceptos incomprendidos, inexplicables, y jamás en su mente había tomado claro sentido ese concepto: una de tantas palabras para designar lo indefinible...... ¿Tranquilidad? Le pareció menos pre-

tensioso y más comprensible: un estado psíquico sin grandes preocupaciones ni fuertes sobresaltos de alegría o de dolor. Si subjetiva la tranquilidad—suprema riqueza—, claro que para resolver el problema era preciso penetrar al "yo" de cada individuo...... Sonrió burlón ante el procedimiento. ¿Cómo penetrar en ese campo? ¿Quién asentar siquiera un sólido principio de tamaña ciencia? Percibió una profunda sensación de vaguedad; todo le pareció deleznable... hasta el estudio y los muebles y la materialidad de su propio ser. Como una condensación de su ironía se repitió: "Pienso, luego existo." Sugestionado con su propio dudar, con la mano derecha se palpó la frente, los hombros, las piernas...... Dudó luego de su *duda*, y pensó: *Siento, luego existo*. Ahora se burló de sí mismo al percibirse filósofo. En la voluptuosidad de su ironía cogió nuevamente el tema. La Conciencia apareció en su mente con el severo aspecto de supremo juez, y la supuso un implacable torcedor en la existencia de los hábiles en lo innoble, en lo delictuoso. Tenía razón su padre: la honradez es la base del buen vivir. Pero en su intelectual diletantismo nada era concluyente. ¿Ese juez—la Conciencia—era incohechable? En su levantar de cejas exhibió su duda. Recordó su negocio aquel de mil pesos por minuto. Para decidirse a cobrar el honorario escrupulizó demasiado; se atrevió al fin, no sin el temor de una rehusa, porque él propio no encontraba equivalencia entre trabajo y recompensa. En sus

negocios anteriores habíase preocupado, quizá extremosamente, por la más estricta relación entre ambos términos, y sus provechos habían sido mediocres; pero el éxito de su primera audacia le lanzó en ascendente especulación. ¿Fué *tonto* al principio? ¿Era injusto actualmente? ¿O, acaso, sin darse cuenta, pudo encontrar a la postre un esencial valor tasativo? No se explicaba la causal; pero sí que sus escrúpulos de equidad decrecían paulatinamente, preponderando un afán insaciable de mayores provechos.

En lo moral también evocó procederes desdoblados en costumbre y que, sin embargo, en su iniciación provocaron escrúpulos, temores, vergüenzas y remordimientos......¿Y la Conciencia? ¿Un juez cohechable, transigente, acomodaticio? No se atrevió a negarlo. Dudó ya de que fuese un torcedor en ciertas vidas, y vaciló en sus conceptos sobre "tranquilidad".... ¿Cuál la causa de ese generalísimo impulso de especulación, como si la existencia fuese eterna? ¿Por qué esa lucha de uno contra todos?...... "El hombre lobo del hombre." ¿Radicaría en la privanza de la propiedad, en el exclusivismo sobre los bienes? La sucesión interminable de interrogaciones le abrumó. Le pareció enorme el problema, y no estaba él para *honduras*..... Flamearon, para perderse luego en el derrumbe de su visión, las imágenes de su padre y de don Blas; la una grave, la otra satírica.

Ya es tarde, pensó. Miró el reloj, determinó

la hora, pero no la relación con sus deseos ... ¿*Tarde* para qué? Sonrió por esta otra vaguedad: lo tarde para una cosa podía ser temprano para otra. Se preocupó por el banquete ministerial. Era preciso ir: un deber social y ...... una conveniencia personal. Halló más fuerte lo último. Se sobresaltó: quizá ya era *tarde*. Pero preocupación y sobresalto se evaporaron al recuerdo de otro compromiso: tenía que cenar con *ella*. *Temprano* para ésto, porque era cena de media noche. Con deleitosa voluptuosidad comenzó a reconstruir escenas de su amor presente. Sí, su *amor*, puesto que hasta era un goce el sólo pensar en ella.

Lo que más le agradaba eran los ojos abismales, con un brillar de hoja de bronce finamente pulimentada frente a una hoguera. Abrasaban. Gemelos de la boca, un poco grande, sensualísima, torturadora hasta el éxtasis erótico; besos que eran mordizcos, como ansiosos de sangre. Con la yema de un dedo tocó su labio inferior, porque aun le escuecía la levísima herida del último osculario arrebato. Mexicana ésta, de un moreno alimonado; formas llenas y macizas; recta y arrogante en su harmonioso y breve andar, aunque infundían temor de desequilibrio el minúsculo pie, el delicado arranque de la pierna y la flexible cintura. "Temo que un día te quiebres, mi pantera," la decía... La llamaba "mi pantera" con delicado mimo, cariciosamente; pero el origen era que la tenía miedo, un miedo íntimo por aquellos ojos, por

aquella boca, por aquellos arrebatos. La imaginaba pasional, celosa, vengativa, sanguinaria, y aun temía un brusco cambio, una "traición." Ante esta última idea se imaginaba que ella iría a causarle el amargor de un abandono. Pero se argüía: es "un ángel," un vaso de bondades y obediencias ¿por qué ese temor? Entonces invertíase: impulsado por cualquier sospecha—arrancada del concepto de "pantera"—llegaría tal vez él a asestarla el golpe del abandono...... Y se sentía canalla si ella, en efecto, le amaba y era buena.

Se prefería el abandonado al injusto. Evidenciábase buena y la temía mala... ¡Oh! la Psicología. Regresó a lo antitético, saboreando lo agridulce de lo confuso. Esto de psicologizar le pareció bello en las novelas y peligroso en la vida. Recordó que en la suya estudiantil se reveló psicólogo ante profesor y condiscípulos—calificación suprema—, y su consagrada suficiencia se estrelló al encararse con la vida. Igual en Lógica: habilísimo para el silogismo, y tropezó con lo ilógico en la vida. Quizá en ésta lo difícil sea sentar las premisas...... En estas vaguedades se extinguió su amoroso impulso, para caer en lo insensible. Resurgió, brumosa ya, la imagen de su "amor," y ahora esta palabra en su vulgar significado. Tuvo la sensación de lo finito, de lo pasajero, de lo fugaz, y apenas pudo preguntarse displicente: ¿la querré?...... ¿no la querré?......

Como en respuesta, tornó al recuerdo de su

madre. Este sí, amor inmenso, forjado en abnegaciones y desvelos.... ¡Cuánto habría sufrido ella por él! ¡Oh!.... "Hijo, todas las noches, al acostarte, haz examen de conciencia. Las obras buenas prométete repetirlas, las malas corregirlas." ¡Santo consejo! Sintió un como remordimiento al pensarse desobediente. Cierto que gustaba del análisis procesal de su vida; pero no con la frecuencia recomendada, ni siquiera con la sublime intención de la austerísima. Pretendió justificarse. ¿Es absoluta la paterna autoridad? Chocóle lo absoluto. ¿Toda desobediencia es reprensible? ¿No entraña todo progreso una desobediencia, una rebeldía? Desde luego juzgó que todo hombre—ascendiente o descendiente—está sujeto a error, y con mayor motivo los primeros, por menor cantidad de humanos conocimientos. Ante él, por ejemplo, igual era Juan que el hijo de Juan, y aun el progreso tenía que ser más exigente con este último...... "Desgraciado el hijo que no aventaja a su padre." "Desgraciado el discípulo que no aventaja a su maestro." Le pareció curioso que imperase en el mundo la ceguera del hombre primitivo, la paradisíaca ignorancia de Adán...... "Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos." Paupérrimo le pareció tal reino, ya que es el premio para los pobres de espíritu..... Recordó que en su tierra llamaban bienaventurados a los cretinos, a los idiotas, a los *pobres de cerebro*, y no dejaría de ser di-

vertido un reino con *Fradiábolo* como personaje. "Bienaventurados los fuertes de espíritu, porque de ellos es el reino de la tierra"....... ¿Pero no es el reino de la tierra segura conquista de los hábiles en la intriga? Sin duda la máxima zolesca se refería al reino de la Ciencia...... ¿Y no es una ciencia la del vivir? Quizá...... pero no se atrevió a titular *científicos* al "vividor" y al "caballero de industria".....

Con mayor afán de comprensión retrocedió al maternal consejo. *Obras buenas*........*Obras malas*...... ¿Qué sería lo bueno? ¿qué lo malo? A tales ideas se asociaron las de *beneficio* y *perjuicio;* pero imposible determinar el punto de partida para relacionar las acciones. Beneficio o perjuicio...... ¿para quién? ¿Con respecto a quien ejecuta la acción o con respecto a quien la recibe? Instintivamente, admitía como bueno lo útil y como malo lo inútil; pero el problema quedaba insoluto. Además, se preguntó si, en realidad, existía algo inútil en la Naturaleza....... *El Bien*....... *El Mal*...... Retrocedió ante el vacío de lo *absoluto*. "*Más allá del Bien y del Mal*"..... Recordó que un amigo llamaba "holganza del talento" el bordar en lo metafísico. Sin embargo, ¿por qué la inteligencia humana, en su afán de explicación, no se limita a lo físico? Se sintió confundido *absolutamente*. Este calificativo le hizo lamentarse de la mezquindad del lenguaje, y, sin embargo, aun se preguntó cuándo y cómo poder expresarse con *absoluta* preci-

sión. Subjetivamente, admitió en lo íntimo, cuasi inconsciente, que las acciones buenas son aquellas que benefician a alguien sin perjudicar a nadie, y malas las que perjudican sin beneficiar. Pero cayó en esta confusión: una acción perjudica a uno y beneficia a otro ¿es buena o es mala? ¿se neutralizan los efectos? Pensó en la aplicación de las matemáticas, pero también en la carencia de *unidades* morales. Muy buena sería una tabla de lo bueno y de lo malo, con sus respectivos logaritmos. Le pareció molesto y pesado su devaneo y se contentó con su íntimo y vago sentir sobre acciones buenas y malas. Muy cómodo admitir ideas innatas ...... Se interrogó sobre si él sería bueno o sería malo, sin darse cuenta de que recaía en el tema abandonado—"¿cómo soy?"—a través de incongruente sucesión de ideas y de recuerdos. Se lanzó a hurgar en su pasado con la *antorcha* de su memoria. No fiaba en su luz; pero al no haber más...... Notó que al decirse "su pasado" se refirió a tiempo remoto. Otra vaguedad. Todo es *pasado* en la vida, ya que el presente es un instante fugacísimo, igual que el punto matemático. Le extrañó que muchos hablasen y escribiesen con alto dogmatismo sobre "el presente," y dedujo ser ese presente la última e inmediata etapa del pasado.... . ¡El convencionalismo hasta en el lenguaje! Cerró el paréntesis. Doce años tendría. En un artefacto de barro depositaba diariamente el sobrante de los cinco centavos que recibía para

golosinas. Una mujer andrajosa, con doliente aire comunicaba las miserias propias y de su familia a una criada de la casa en que él vivía en la ciudad: ella y sus tres pequeñuelas sin comer casi, sin vestidos, y el esposo arrebatado por la "leva" a consecuencia de su consuetudinaria ebriedad. El la vió llorar, le conmovió, y sin siquiera pensarlo corrió arriba, rompió la "alcancía" y volvió anheloso a depositar su tesoro—cinco pesos—en las manos de la mísera. La cara de la socorrida se iluminó en sorpresa de gratitud, demostrada espontánea con un beso en la mano protectora, humedecida en lágrimas. Lo que él, pequeñuelo, sintiera le fué inexplicable entonces y seguía inexplicable....... una dulcísima emoción. No fué poca su satis factoria sorpresa al mirar al día siguiente calzadas y vestidas a las chiquillas y enfaldada a la madre...... ¡tanto éstas con cinco pesos, mientras sus hermanas necesitaban cientos! Después y ahora conmovíase alguna vez por las humanas miserias y aun pretendía remediarlas. Podían llamarle *bueno*.... Pero.... ¡El "pero!" Le indignaba siempre el implorar de los mendigos: si les socorría, pensaba luego, molesto, en hipocresías, en holganzas y vicios, y aun prendíase a su mente la idea de purgar a la sociedad de inútiles por *todos los medios;* si no les socorría, le torturaban su propio egoísmo, refinado y cruel, y la visión de víctimas del hambre, de la injusticia social.

En su vida habíase incubado un odio; prema-

turamente llegó a saborear la ansiada venganza, homicida, y hasta se deleitaba en que fuese con mano propia a puñal, para gozarse en la sensación del acero homicida roturando carne... No sólo malo, sino que podía juzgársele *monstruoso*. La evocación de otros actos propios en diversos órdenes—enternecimiento por fútiles motivos, impasibilidad y hasta desprecio ante explosiones pasionales o de dolor—le lanzaban de cara al enigma de su ser...... ¿Era bueno o era malo? Si él no acertaba ni siquiera a suponer un extremo ¿quiénes serían capaces de afirmarlo? Le pareció un sarcasmo el que se le juzgase, generalmente, incapaz de rencor, apasible, justiciero... ¡cómo serían los demás! Imaginóse a la sociedad en perenne barullo carnavalesco: cada quien preocupadísimo en ostentarse bien diverso ante los otros. ¿Dónde encontrar la sincera exhibición?...... Quizá en el clásico Carnaval, cuando el antifaz de trapo guarda el físico incógnito e inspira confianza para que la humanidad revele sus instintos.

Trajo a mientes la palabra "temperamento" abusivamente esgrimida en el moderno novelizar. ¿Podría ser ésta la clave? Quedóse absorto y como meditativo.... "Cerebral".... "Cardiaco" ... ¿Dónde la fuente pristina de la idea? ¿Las ideas empiezan por sentirse, o los sentimientos por pensarse? ¿A qué centro va la sensación para traducirse en idea y a qué otro la idea para transformarse en sentimiento? ¿Un centro común o varios? ¿No es la ac-

ción el efecto de un impulso interno y éste el resultado de una idea? ¿La idea no es el efecto de un impulso interno provocado por una acción externa? ¿No piensa más quien más siente? ¿No siente más quien más piensa? ¿Entonces...? *¿Dominio sobre sí mismo?* Creyó encontrar la fase diferenciativa y como producto del *raciocinio*. Este, elaboración cerebral sobre materia prima y sensora y psíquica igual que el engranaje moviente de un molino sobre el trigo para producir harina.

A mayor materia prima mayor elaboración; a mayor facultad sensoria y sentimental precisa mayor facultad de raciocinio para obtener buenos resultados. Quien más raciocina siente más, forzosamente. ¿Todo el que siente raciocina? Recurrió al silogismo: no—dedujo—, porque sería extender el término menor, que es *raciocina*. Todo el que raciocina siente; pero no todo el que siente raciocina...... ¡Soberbio! y se burlaba a menudo del aprendizaje de las aulas...... ¿Y eso de "nervioso," "sanguíneo," "bilioso," "flemático," etc.? Se imaginó frente a una sucesión de esferas de acero de igual tamaño, pero de paredes de diversos espesores, desde la endeble laminilla hasta el blok potentísimo; inyectarlas de fuego simultánea y gradualmente. Mientras el exterior de las primeras se iba manifestando caliente, las últimas permanecerían frías. Seguía la inyección de fuego: estallarían sucesivamente conforme al espesor de sus paredes, con ruidos cada vez más

perceptibles y estruendosos. Las fracturas de las primeras fácilmente soldables; de las últimas difícilmente. Imaginó una última esfera, ciclópea, insaciable de fuego, calentando y fundiendo a las débiles por radiación sin perder ella su aspecto, por no haber en su derredor el combustible necesario para hacerla estallar ¿podría llamarse fría, insensible?...... Teóricamente explicado el famoso "temperamento" ¿pero cómo distinguirle y clasificarle en la práctica? El mismo se recordaba muy diversas manifestaciones por una misma causa...... ¿Por el estado habitual del individuo? Dudó. Supuso a un químico frente a una substancia nueva ¿le bastaría su aspecto, su estado estático, para clasificarla? No; la sujetaría a reactivos químicos. ¿Cómo clasificar al hombre, si el mismo reactivo no producía idénticos efectos en variables instantes?

Con inconsciente imaginativa transición tornó a su lejano hogar. Un efluvio de voluptuosa frescura le anunció el arribo de un recuerdo. En sus primeras vacaciones —a los once años— cabalgaba, en dulce compañía fraterna, a disfrutar breve estancia en el rancho de la sierra. En el amanecer clarísimo sobre la Naturaleza espléndida en notas y colores, bebía fuerte vida y sano júbilo en la exuberante cerrazón de los bosques, en el glugluar de las últimas corrientes de la nocturna lluvia, en la harmónica salutación de las avecillas y a compás del vacilante andar de los caballos en ve-

redas cuasi ocultas por verdosa alfombra. Fué de magia —al salir de un arroyo— la visión de un manto azul, ondulante por la brisa matinal y maravilloso en reflejos diamantinos del rocío de las corolas a los pristinos fébicos rayos sobre la húmeda llanura. Una sensación de prodigio, cristalizada en imperecedero recuerdo; única en su vida, por lo profundo y lo exultante y lo armonioso...... Evocó luego algunas otras, rarísimas, frente al desnudo de Natura...... *Se pensó con sentimiento poético.* Otras veces —la generalidad— pasaba impasible ante la Naturaleza, muda, amorfa, acroma, y en vano sus esfuerzos por hacer vibrar una sola cuerda contemplativa, estética.

Abrumado no pocas veces por el barullo capitalino, sentíase nostálgico por la campestre vida; corría a ella, y apenas si se daba cuenta de la oxigenada frescura y del sano alimento para volver en breve a la capital, ansioso de ruido, de negocios, de mujeres galantes...... como en huída del desierto......*¿Dónde, pues, su sentir poético?* La mental enunciación de esta palabra evocóle su significado más corriente, obligándole a llevar sus ojos al lugar del librero dedicado a poetas. Pensó en el abandono de la poética sección en esta su existencia de "busines are busines".... ¿Sólo a causa de los negocios? Recordó remota época de afición a los versos, al grado de que él mismo se atrevió a versificar y a creerse poeta por haber leído en "revistas" sus métricos renglones y el mismí-

simo dictado de tal en cierta crítica ... de seguro de un amigo. De ahí provocada una sincera o vanidosa aspiración; y se soñó y aun afirmó una existencia homeriana, fraternizando con Tucídides, Hesiodo, Ipandro, Thales, Sófocles, Virgilio, Horacio, Heine, Byron, Racine, Garcilazo, Becker, Zorrilla, Verlain, Beaudelaire, Peladan, Darío, Díaz Mirón......

Su roce con lo real y lo tangible fué epidemia en su mundo de fantasías, invadido—ahora lentamente—por imágenes si no todas prácticas cuando menos *razonables*. En esta su actual existencia más valían una observación y un argumento sobre cosa realizable que las musas...... Parecióle atrevido su afirmar, porque ¿qué firme argumento podía contar en esta tarde y qué definitiva consecuencia había extraído? Sonrió ante lo vago, ante lo confuso y lo imaginario de todo, y ya no supo distinguir entre "poesía," y "filosofía." ¿El mismo bordar, con distinto hilo? La evocación de aquellos nombres por la Historia cincelados le hizo pensar en la humana grandeza. "Ni están todos los que son—observó—ni son todos los que están" ¿Por qué y cómo de esas celebridades? Más de una vez habíase avergonzado de su impotencia estimativa ante la Iliada, la Odisea, la Eneida y las Geórgicas, por ejemplo, y el pregonar furioso de la fama; resignándose al dictado de medio o de cretino y al despectivo sonreir de los "divinos iniciados." No se le escapaba, por supuesto, que la heráldica de lo his-

tórica y socialmente consagrado es el fastuoso vestir de la ignorancia letrada. Recordó que él propio, cuando era más ignorante que ahora, llegó a ser un formidable portavoz de la grandeza...... sin siquiera conocer tales obras por el forro. En la neo-celebridad más creía ver floraciones de degeneración y de vicio que de genio. Enfermos de cuerpo, con medio año en la calle y el otro medio en el hospital, y enfermos del espíritu, con perenne vida de alucinaciones de alcohol, de opio y de hachís, escapan del manicomio por lo manso, lo ingenuo y lo divertido de su locura. La sociedad gusta de bufones y de clowns; por eso les halaga y les fomenta. De otro modo se aburriría. Le intrigó la cuestión de si todo lo que se escribe es a plena conciencia. En el campo de la imaginación lo mismo cabe lo real que lo absurdo; nada extraño, pues, que la ciencia demuestre verídica una idea antaño concebida. Si el autor de ésta fué de espíritu observador y científico, su talento se revela innegable; ¿pero si fué un poeta? En éste predomina la fantasía y parece que sólo juzga digno del poético cantar las floraciones de sus ensueños, tanto más sugestivas cuanto más inverosímiles, puesto que desdeña la prosa de la vida. Empero, puede en un ensueño ir envuelta una verdad no conocida, que conocida no hubiese quizá sido cantada por prosaica; ¿merece su autor el dictado de "grande," de "vidente"? "Lo inconsciente no es meritorio," se dijo, e iba a negar; pero le detuvo su respeto al talento,

genial en lo profético. El problema le interesó. Pugnaba por resolver algo que satisficiese a su criterio. Inquiriendo en lo grave, en lo profundo...... tropezó con el gesto burlón de un cuentecillo: "Un explorador minero internóse en la montaña. Encontró en lo intrincado a un hombre de humilde vestir que examinaba unas piedras, el cual le dijo, entregándoselas: "¿Queréis ser rico? Aquí tengo una mina de oro; os la regalo." Y se marchó. Quedóse asombrado el explorador, y no menos al notar auríferas las piedras. Examinó el terreno, se convenció de su riqueza, y al poco tiempo se encontró poseedor de una gran mina. En su opulencia recordó al personaje aquél y le hizo buscar y conducir a su oficina. "Me habéis dado riqueza, y no soy un ingrato: disponed de cincuenta mil pesos..." "Guardadles—contestó indignado el hombrecillo—, que no necesito de vuestra limosna, mendigo. Todas las minas del mundo son mías y donde quiera las encuentro: a vuestros pies, a mis pies, en la calle, en la montaña.... hasta el aire amontona el oro en mis cofres." Y se ausentó soberbio, imponente y majestuoso. Estaba loco"....

Miró el reloj: las ocho y media. Cruzóle vaguísima la idea de ir al casino a la hora del champagne. ¿Por beber? No, por oír el brindis de X. Tartamudeaba en el prólogo, y después era un fonógrafo.... si no le siseaban. Nada de peligro en fiesta cortesana, y él era un maestro en la materia. Acordóse de Demóstenes. ¿Sería

cierto que a fuerza de pedruzcos en la boca y vociferaciones al mar se curó lo tartamudo? Así, al menos, lo pregonaba la Historia. ¿Y era esta oracularia, indiscutible? ... Si en lo actual es discutible lo *probado* ¿podía ser una certeza lo remoto? Fórjase la Historia como factúranse las crónicas, y éstas—confusas, maliciosas y disímiles—son futuras bases de labor reconstructiva. Literato, servil, mendigo del favor del Soberano, indilgóle a Pericles, por ejemplo, adulatorio panegírico, y la posteridad pudo coger como fuente irrecusable lo que apenas fué una mercancía...... ¿Datos oficiales? ¡Pobre Historia con tales fuentes! También nuestros gobiernos subvencionan a literatos para historiar lo contemporáneo, y bien corresponderán los agraciados la magnanimidad del protector.... De lo presente debe desconfiarse por intervenir el temor o el interés—la conveniencia del gobierno siempre—; de lo pasado, por imposibilidad de datos ciertos y desaparición de mil detalles importantes. Igual siempre. Propondría otro nombre para la Historia: *Novela Verosímil.*

Volvió a Demóstenes, gravemente, y se deslizó luego en consideraciones sobre el Verbo. Prodigiosa le pareció la magia de la elocuencia. Imaginó multitudes entusiastas, frenéticas, prendidas a los labios demostinos, arrojándose indómitas y heroicas para arrancar los lauros de Maratón, de Platea y deSalamina; a la plebe parisiense, dirigida por el verbo dantoniano

sacudir prejuicios seculares, decidida a conquistar en un momento lo apenas realizable—si acaso—tras centurias, y vencer allende el Rhin las coaliciones, en tanto que en las calles parisinas imperaba el terror robespieriano.... Esto dice la Historia, que podía ser verosímil en el fondo, pero fantástica en la policromía y en el fotografiar de personajes, retocados con la magia inexorable de la humana imaginación, a pesar del tan decantado, "sereno e inapelable juicio de la Historia." Recordó haber visto en su propio país congregarse ciudadanos en la plaza pública, en el teatro, en el club, exhibir un como recio despertar al impulso de la palabra tribunicia. Con este su propio testimonio se supuso convencido de la potencia del Verbo; pero recordó luego las reseñas periodísticas—hiperbólicas unas, despectivas otras, y todas embusteras—y sonrió al considerar la fe que mereciera la futura historia de esta época. Su sonreír llegó a la risa al recordar un caso por él testimoniado: Un su amigo—orador, según fama—le invitó a presenciar el "licenciamiento" de parte de una fuerza ex-insurrecta.

Los licenciados recibieron quince pesos por cabeza, entre ellos uno de dieciséis años. "La ocasión la pintan calva"...... y nuestro orador habló a aquella humilde gente de patriotismo—la muletilla,—de la esperanza de la regeneración—igual—y luego, con palabra sencilla, les exhortó al trabajo, a la honradez—esencialmente,—sin olvidar aquello de "El respeto

al derecho ajeno es la paz"..... Tan inspirado y persuasivo se mostró, que el entusiasmo fué unánime en aplausos y no escaso en lágrimas. El mismo invitado creyó en el ópimo fruto de aquella simiente. Salieron jefe, orador y él a tomar los últimos un tranvía. En la espera se acercó al jefe el imberbe ex-insurrecto, llorando. "¿Qué te pasa?" le preguntó. "Que N.—otro licenciado—me ro...bó mis quin...ce pesos".....¡Oh, poder de la elocuencia! El orador abría desmesuradamente los ojos. Bien; pero quería analizarse a sí mismo. ¿Le provocaba la oratoria sentimiento artístico? En verdad, jamás le había entusiasmado orador ninguno; no porque fuesen tan malos—juzgóse incapaz de calificar—sino por hallar ridículos los públicos gestos y actitudes en la mayoría, aparte de la incultura con pretensiones de sapiencia. Pudo escuchar a tribunos glorificados ya, maestros en florilegio lingüístico y en la mímica, y su naciente delectación pudo truncarse por la tendencia indomable de relacionar lo público con lo privado, las palabras con las acciones, el consejo con el ejemplo. En cierta ocasión no pudo menos de hacer asco al saber en un supremo artífice de la frase, en un apologista de lo excelso, al ente despreciable por lo degenerado y lo servil......¿Por qué ciertas piezas oratorias pregonadas diamantes de elocuencia le causaban una sensación de vacío, de fragilidad, de arena? Evocó una intimidad de su amigo orador, a propósito de un brindis:

"Estuviste archipoético ahora," le observó. "De seguro: *no hallaba que decir*," contestó. "¡Cómo..... !" "Sí, óyeme: cuando tengo de qué hablar, las ideas me arrastran por sí solas en un encadenamiento preciso y claro; cuando nó, me lanzo a la poesía" ¡¡.............!! ¿Será la poesía a la idea lo que el "gophir" al diamante?...... ¿Y Shakespeare y Goethe y Schiller y Lope y Hugo......? Se sintió indeciso, cohibido. ¿Sería por no poder sacudir el peso de la tristísima mediocridad embadurnadora de periódicos?

Sintió gana de moverse. Levantóse rápido para saborear la tensión brusca de los miembros. Con paso regular inició su paseo de un extremo a otro del estudio. Se iría luego. Una vuelta en coche por la calzada, ya tranquila, y después a cenar con *ella*. Miró el cuadro en la pared del fondo, sobre el sofá: "El Sol de Austerlitz." Rapidísimo imaginó a Napoleón en Rívoli, en Arcola, en Egipto, en el 18 Brumario, en Marengo, en Ulm, en Austerlitz, en Jena, en Eylau, en Wagram, y con la misma rapidez se estremecía su espíritu admirativamente.

Su admiración fué respetuosa ante el legislador y triste en Leipzig, en Waterloo, en Santa Elena...... ¿Grande? Sí, frente a la normal mediocridad. Pero no dejó de parecerle divertido que las figuras se destacasen con más severa precisión sobre fondo de incendio y de sangre, erguidas sobre el pedestal del Exito. ¿Será instintivo el culto de la Fuerza? Creyó vislum-

brar la génesis de la idea de Dios. ¿Grande por sí mismo, exclusivamente, Napoleón? Surgieron las imágenes de Kleber, Dessax, Augereau, Massena, Saint Cyr, Ney, Bernadotte, Murat, Lefebre, Sieyes, Carnot, Talleyrand, Cambaceres, Moreau.... ¿Grande en todo? ¡Moreau!...... Al colaborador infatigable, al que supo poner a Hohenlinden junto a Marengo—su error quizá, pero "pour la France"—pudo vérsele abandonado en París, sombrío en la prisión, taciturno en el destierro ..... frente a los imperiales esplendores de su ex-compañero. Pensó que sin el Moreau de presidio era imposible el Moreau de Dresden; sin la víctima de la ingratitud ajena, la víctima de la traición propia. *Ingratitud.... Traición....* Ambos términos se le confundieron en ruindad. No supo gerarquizar entre el ingrato y el traidor. ¿Quién más responsable: el que inicia el mal o el que víctima de él se arroja ciego a la venganza? ... ¡Siempre la Esfinge! Trató de establecer la diferencia entre lo espontáneo y lo provocado...... El delito provoca el castigo—justicia legal—; ¿no es acaso la venganza un castigo exagerado—justicia abusiva—? Entró en confusiones. Le pareció imposible valorizar el abuso.... Le extrañó un "alto" a media pieza y la semiconciencia de un precipitado andar anteriormente. Ya se había notado—en otros también—una directa relación entre cabeza y pies. Volvió a mirar el cuadro. Detrás de Napoleón, en un claro-oscuro, le pareció distinguir a Robespierre......

¿Su imaginación pintora? Rióse de sí mismo.... ¿Pero, era posible separar a Napoleón de Robespierre?....

Juzgó empresa insuperable el determinar no solamente el origen de una celebridad cualquiera, sino también el valor positivo de ella, porque se imaginó la incalculable labor de coautores y precursores. ¿Cómo enumerarles? ¿cómo aquilatar el trabajo de cada uno? ...Bonaparte se achicaba, se achicaba, se achicaba.... A compás del desmoronamiento del pedestal, la figura de Bonaparte iba adquiriendo proporciones cada vez más humanas, más reales, más comunes, hasta imaginarle un factor cogido en extraordinarias circunstancias ...¿Un factor al azar? Se contestó con una pregunta impertinente: ¿por qué compró el cuadro? Recordó que cuando le examinó por primera vez creyó ver en el rostro del héroe la majestad del «imperator» por naturaleza, por derecho propio; se pensó él mismo bajo la sujestión de la aquilina mirada—profundísima en el glorioso amanecer—y sediento de sangre moscovita. Después llegó a mirar sólo un muñeco imberbe, semiobeso y pernicorto. En este instante, por ejemplo, le estimaba como un simple adorno mural ... ¿Era bello el cuadro? No supo contestarse. ¿Y su percepción estética? Evocó su visita a una exposición de pinturas, invitado por amigos competentes. Pasó impasible frente a obras calurosamente comentadas por «maestras.» El, naturalmente, asentía con la cabeza

en obsequio a sus artísticos *cicerones* y para evitarse juicios de profano, de vulgar. Él propio se creyó artista al sentirse suavemente emocionado ante un lienzo indiscutido por «soberbio,» y hasta quiso indignarse por la crítica de cuatro melenudos, sobre personales defectos del firmante. Envidiosos. Para demostrarse artista, le pareció de perlas comentar una obra que juzgó de las mejores. «Miren ustedes—dirigiéndose a sus compañeros—esta *Eterna Víctima*...... «De sí mismo, el autor, por meterse en cosas que no entiende—le cortó el más «águila:»—una tela perdida ¿verdad?»

Se avergonzó de su ignorancia, y no pudo menos que asentir con la cabeza....¿Pero no sería éste un enemigo del autor? Porque estos artistas son implacables en sus rivalidades; sin dejar por eso de tratarse de «fraternos».... ¿Cómo orientarse? Había creído que en esto del arte pictórico la Naturaleza era la fuente y el padrón indiscutibles. ¿Ni siquiera poseería él facultad comparativa?......Un subvencionado en París por el Gobierno año tras año y con epíteto de «representante del arte nacional en Europa»—por la prensa caserita, no por la europea—se obstinó en hacer el retrato de una señorita. Al unísono del trabajo en el taller corría afuera la fama de una próxima obra maestra del pintor genial, y ansiaba él mismo conocerla. De visita él en casa de la señorita, se presentó en el salón una criada con un cuadro muy grande cubierto con lienzo, de parte

del artista. El retrato, de seguro. Le descubrieron presto entre los dos—visitada y visitante,—y éste no pudo menos que asombrarse. . . . . ¡La gama de armoniosas esbelteces de la amiga transformada en un desastre de larguras! Una cabeza pequeñísima, que no tenía de la original sino ciertos rizos del tocado; un rostro sin más similitud que poseer—como todos—cejas, ojos, narices, etc. y unos pies que a fuerza de delgados simulaban lenguas de pájaro. Su inseguridad en artísticas cuestiones limitábale a mirar. «No me parezco, ¿verdad?» Esto, de la propia *agraciada*, le alentó. «En efecto, no es usted, según creo.» «*El* dice que se siente orgulloso de esta obra; pero, la verdad, no me satisface.» «Si el parecido es un detalle artístico en un retrato, falta ese detalle en esta obra, señorita.» A la novedad congregóse la familia. Las hermanas no reconocieron a su hermana, ni la madre a su propia hija. La mayor de aquellas, inteligente, observadora y con el raro don de lo oportuno, lanzó: «*muy chic* y muy *parisién*, si te empeñas; pero ésta no eres tú. El original quedó en Montmartre, te lo aseguro.» El cónclave familiar falló: Esconderle en cualquier parte y lucirle en el salón únicamente al anuncio de la visita del artista o familiares. «Puede quedar en el salón, mamá—modificó la graciosa—con este título: *La Hija de Don Quijote*. . . ¡Quién va a adivinar!» En un «reservado» de un fonducho le emocionó una pinturilla colgada a la pared: una mujer, cortesana quizá, des-

perezándose entre las revueltas alburas del lecho. Le produjo la sensación de lo real. La adquirió por vil precio. Ansiaba una opinión autorizada, y fué a visitar a un amigo—célebre fotógrafo y maestro en pintura,—quien se interesó vivamente por el cuadro: «una preciosidad.» Mientras el artista deleitábase, él pasaba revista al muestrario. «¡Qué bien está *fulana* —mostrándole un retrato—; es guapísima.» «¡Si es la hermana, tú, ...!» «¡Imposible; la hermana no es tan guapa!» «¡Hombre! en el retocado hay que borrar defectillos, embellecer ...» «Pues al retocar éste, bien clavada tenías la imagen de la hermana.... ¡Cuidado!» «Es preciso hacerlo así. Si hiciéramos el fiel reflejo del original perderíamos la clientela por «maletas.... » «¡Ah! vamos; los originales femeninos sólo te sirven de pretexto.» «También los masculinos.» ¡¡......!! Con todas estas cosas le pareció imposible saberse o no con sentido estético.

Volvió a ver el extraplano: las nueve y minutos. Lentísimo el andar del tiempo ahora, en contraposición a su lamentada rapidez con respecto a los negocios. ¿Sería por el deseado placer de las *doce?* Eran largas las esperas. «El que espera desespera.» Una verdad, porque igual impaciencia en la espera de algo desgraciado. ¿Esa ansia de realización de lo esperado entrañaba idéntico objeto? No; si lo esperado es placentero, atrae el goce mismo; si es doloroso, la tranquilidad subsecuente.

«Al mal paso darle prisa.» Le sorprendió el gran fondo de verdad de los vulgares proloquios, y no dejó de reconocer la ciencia de la experiencia. Llegó a sus oídos el teclear de un piano. La vecina, seguramente. Era guapa. Un defectillo, pero notado solamente en el trato: gangosa. Detúvose atento: una «rapsodia». . . . . Lo de siempre. Litz traíala loca. No comprendía él semejantes entusiasmos. Cierto que tampoco era perito en tales cosas. . . . . Le sorprendió el cenicero al acercarse al escritorio: desbordante. . . . .y a pesar de su sorpresa encendió un cigarrillo . . . . . ¿Por qué le era indiferente la música? El sí que comprendía aquello de «La música es el ruido menos fastidioso.» Lo más sujestivo en las reuniones era la femenina harmonía, con sus carnes y sus charlas y sus risas, y la música la sola nota discordante, para él. Si alguna vez la encontró real objeto, fué como encubridora de intimidades voluptuosas. No era poca su preocupación por este su sentir, frente al generalísimo en contrario. Para aclarar su exoticismo o el ajeno fingir, con frecuencia formulaba esta pregunta: ¿Siente usted, en verdad, la música? La cuasi unanimidad de las respuestas le hacía considerar—aparte de *su* «rareza»—como más amplia y más genuina esta manifestación del Arte. Evocó las dominicales serenatas de su pueblo y el bullicioso entusiasmo del rústico auditorio, muchas veces en frenéticos gritos desbordado. Creía descubrir en los mismos

animales la percepción de la harmonía ..... ¿Atrofiado, pues, su propio organismo? Modificó: no era completa su atrofia, de existir. Y recordó las veces que impresionóle hasta lo hondo la callejera música. Su habitual impasibilidad en conciertos, óperas y serenatas quebróse algunas veces en íntimas emociones que forzábanle a ocultar con la mano en visera la innegable confirmación en sus ojos. Si pudo comprobar alguna vez la asociación de recuerdos, era inadmisible la misma causa emocional en el profundo efecto que le causaron, por ejemplo, Bohemia, Manón, Lucía y Encanto de un Vals en sus primeras representaciones. ¿Podría argüirse en ésto la influencia de lo escénico? No, porque la impresión de ridículo en él de lo escénico, era de lo poquísimo indudable. Por motivo bien fútil y curioso grabóse en su memoria una intensa emoción, a los veintidós años. Se recogió en su cuarto al mediar la noche, con el silencio profundo de la casa. El acompasado y constante caer de las gotas de agua de la destiladera de piedra en el recipiente, absorbió su atención; un como helado hálito recorrió su epidermis, y cayó su frente en la palma de la mano, como doblada al peso de todas las tristezas de su existencia. El acuático ruido no fué ya la nota persistente y uniforme, sino orquestral y fluidísima harmonía que con aguda sutileza se deslizaba tremante por los nervios para condensarse en los ojos, rebeldes aún; un como efluvio eléctrico venció a la rebeldía ...

y pudo darse cuenta de las notas del piano, en sordina, en la propia casa. La emoción fué en descenso, hasta quedar dominada por el sueño. En noches subsecuentes la gota seguía cayendo y el piano volvió a tocar.... y apreció lo exacto: un goteo monótono y fastidioso y un fastidioso y monótono ejercicio.

El Arte—así, con mayúscula—evocóle a Teseo en el legendario laberinto; pero un Teseo infeliz, sin Ariadna, perdido en lo tenebroso. ¿Quién el agraciado con el hilo salvador? Un campo agramantino la artística disputa, en que todos andan a la greña ansiosos de imponer sus opiniones. ¿Cuál la base del Arte, cuáles sus cánones, cuál su objeto? El sólo formularse estas preguntas le molestó: ¿Iba él, acaso, a lanzarse a preceptista, a entrar lanza en ristre con aliento quijotesco? Sonrió al imaginarse maltrecho por el campo, en su primera aventura con endriagos y gigantes. De pretensioso juzgó su pensamiento.... ¡Bien triste su «pelícano» en la corte de Apolo! Resolvió, firmísimo, no embrollarse en la cuestión, y, sin embargo, el pensamiento penetraba curioso en el enorme laberinto..... ¿De cuántas fuerzas, asaz contradictorias, era génesis la mente? Porque él frecuentemente *pensaba no pensar* en una cosa y, sin embargo, *la pensaba*.... ¿El Arte se dirige al sentimiento? ¿es su expresión? ¿es su objeto provocar emociones? Quiso rechazar las preguntas por intrusas y por su propia conciencia de ignorante, y otra fuerza

mental las retenía. ¿Dónde la voluntad? ¿dónde el libre albedrío? Con irónica sonrisa cerró el enigmático paréntesis. Sentó: el Arte es la expresión del sentimiento .... *¿La* expresión o *una* expresión?..... Primer embrollo. ¿Cualquiera expresión del sentimiento entra en el terreno del Arte?. .... ¡Bah! nunca acabaría. Lo supuso, por comodidad. .... Siempre el convencionalismo desde el principio ¿cómo serían las conclusiones?.. .... Modificó, para simplificar y para no herir a los artistas: el Arte es la *más alta* expresión del sentimiento. Todo artista siente, no todo el que siente es artista; la facultad característica de éste debe ser la expresión del sentimiento, no el sentimiento mismo. Admitió,—no supo si real o hipotéticamente—que el sentimiento es un don común a la especie humana, y concluyó: I. Todo hombre debe sentir el Arte; II. Una obra artística debe ser sentida por todos; III. El Arte y el artista deben ser universales.... A él mismo le asombró la enorme trascendencia de sus conclusiones; pero se escudó en la Lógica, inexorable en este caso, según su parecer. En algo debía apoyarse. ¿Todos los hombres se manifiestan sensibles ante las obras juzgadas artísticas? Le pareció que una minoría bien raquítica era la sensible a esas manifestaciones del Arte ... ¡Qué enorme potencia destructora la de este hecho! «Si es el Arte la expresión del sentimiento y son artísticas esas obras, no puede ser el sentimiento un don común a la

especie humana.» Le dislocó la conclusión, porque ¿no estaban conformes, acaso, en la universalidad del sentir filósofos, sociólogos y psicólogos? «Si el Arte es la expresión del sentimiento y éste un don de la humana especie, no son artísticas esas obras.» No le pareció absurda la conclusión; pero no pudo admitir que no fuesen expresiones del Arte obras que imponían respeto y admiración a despecho de prejuicios, de razas y de siglos...... Creyóse tocado de poético entusiasmo, y desconfió de sus propias apreciaciones de momento. ¿Pero era indiscutible el mérito de esas obras? Recordó magistrales disputas en libros y en prensa y lo maltrechos que salían algunos semidioses del Arte con sus obras más famosas—*El Juicio Final*, por ejemplo, estimado de absurdo por Tolstoi. —Cierto que podía discutirse esta autoridad ¿pero dónde estaba la suprema, la omnímoda? «Si son obras artísticas las referidas y es el sentimiento don común a la especie humana, no es el Arte la expresión del sentimiento».... ¡Horror! Se imaginó hecho garras por la artística jauría—unánime ahora,—por la trascendencia aniquilante de la conclusión: el colosal edificio se pulverizaría por falta de cimientos. No, no; era inadmisible que no fuese el Arte siquiera una delicada expresión del sentimiento. ¿Se rebelaba ahora contra la Lógica en defensa del Arte? ¿La Lógica era *lógica;* es decir, realizable, natural, asequible? Meditó en lo absoluto de sus consecuencias, y dejóle suspenso lo *absoluto*. ¿Peca-

ba de fragilidad alguna premisa, algún término? . . . . *Sentimiento* . . . . No podía imaginarse seres humanos insensibles, ni aun en los presidios y manicomios. ¿El Arte restringiría el significado de la palabra «sentimiento»? ¿Implicaría delicadeza, cierta educación? A él mismo le pareció estupendo afirmar artística percepción en individuos de estrecha mentalidad; pero instantáneamente rechazaron algunas de sus observaciones. En efecto, aquellas serenatas de su pueblo hacíanle pensar en la existencia de la emoción artística en individuos vulgares, analfabetos; igual creía observar en las plebes citadinas, y aun recordó observaciones de exploradores en tribus salvajes. La música . . . . ¿Pero había identidad emocional entre música, poesía, pintura, escultura, etc.? ¿había identidad formal? La música le pareció más perceptible, más directamente emocional y, al mismo tiempo, más vaga, más indecisa, más informe. ¿No era, en efecto, la más abstracta expresión del sentimiento? Su abstracción tendría que hacerla inaccesible a la verdadera crítica, porque ésta es cerebral, y el cerebro necesita concreciones, bases, puntos de partida. La pintura y la escultura, por ejemplo, tienen una base de crítica: la Naturaleza; la poesía, el lenguaje, con sus relaciones a la misma Naturaleza. Cuando el cerebro opera, el sentimiento tiene que sufrir modelaciones—evocó su divagar sobre el «raciocinio»;—cuando habla la Crítica, el Arte tiene que sufrir igualmente . . . Pero, entonces, no

podía ser el Arte exclusivamente sentimental. Su creída lucidez tornó a lo confuso. Si la educación debía marcar el grado estético, el Arte, además de cerebral, tenía que ser indefectiblemente contradictorio, personal, puesto que la ilustración entraña innúmeras orientaciones educativas y el propio Arte no ha entrado en el terreno de la ciencia experimental. Encontró sorprendente similitud entre lo artístico y lo metafísico . . . . ¡Bello pandemonium! . . . . *Bello* . . . . Vínole a la mente la palabra «belleza.» *El Arte, la expresión de la Belleza.* No quiso engolfarse en definiciones; eso para quien le importara. Pero el pensamiento hizo su antojo, más libre que su voluntad. ¿Qué podía ser la Belleza? Lo bello para uno puede no serlo para otro. ¿Por qué nos parece bella una cosa? Porque nos agrada, nos gusta . . . . y «sobre gustos no hay nada escrito.» Se supuso frente a una pintura que le provocase una intensa emoción de terror ¿era artística o no? Vaciló. Si le inspiraba terror, clara resultaba la habilidad del ejecutante . . . . Otro lienzo: el retrato de una mujer horrible. Lo feo no agrada, y, sin embargo, podía sorprenderle la pintura y aun admirarla por su fidelidad con la modelo. ¿No eran artísticas las obras? Sí, sí . . . . Pero, en ambos casos no juzgó el sentimiento—éste rechazó por impresión desagradable,—sino la inteligencia, que falló después de breve análisis crítico . . . . ¿Qué era, pues, el Arte? Vencedor sobre la voluntad, su pensamiento tejía ideas. ¿Qué rela-

ciones podía haber entre la Belleza y la Moral? . . . . ¡La Moral! ¿Y ésta? Lo moral de ayer puede no serlo hoy y lo de hoy mañana; lo moral para un pueblo no lo es para otro; las religiones andan en pleito por cuestiones de esta naturaleza . . . . Hasta para cada individuo es insoluble la cuestión en su intimidad. Cada quien con su ética y su estética; cada quien con sus verdades. No le gustó la generalización de la palabra «verdad.» «Verdades» debía aplicarse sólo a hechos perfectamente comprobados por la ciencia experimental; «aproximaciones» a lo de base matemática—astronomía, por ejemplo,—y «creencias» a todo lo demás. La exactitud matemática es teórica, metafísica.

Este categórico afirmar le pareció decisivo desenlace de su ya molesto devaneo, por la sensación de calma que le produjo, generadora de la orgullosa de sujetar su pensamiento al soberano imperio de su voluntad. Pausado y meticuloso recogió los dispersos papeles, que dispuso sobre la mesa con toda simetría. Fué con el cenicero a una pieza inmediata y regresó con él, limpio por su propia mano, para colocarle en el centro del escritorio; con el pañuelo esparció la ceniza caída, y dejó el sillón en su preciso lugar. Examinó luego en su derredor, y fué a colocar una silla que juzgó fuera de la simetría del ajuar; todo lo demás lo encontró bien. Fué a la misma pieza inmediata y regresó a poco, peinado con esmero, irreprochables el negro flux y el reluciente calzado; tomó del perchero la go-

rra de ancho listón y breves alas, púsosela ante el espejo, y sacó el llavero. Se iba. Se dirigió a abrir los balcones para la libre y amplia ventilación . . . . Ya algunas veces le había divertido a él mismo la contradicción entre éste su afán por lo ordenado y lo preciso y las incongruencias de sus intelectuales devaneos. Ahora ni siquiera lo pensó. Abiertos los balcones, quedóse en el último contemplando, abajo, el tronco de alazanes. Briosos, soberbios, y con habilísimo cochero. Vió a éste charlando con la criada de la vecina. Una jovencilla como de veinte años, blanca y en buenas carnes. Eran novios, tal vez. Bien; que se casaran . . . . ¿Y para qué el matrimonio en estas gentes? Se acordó de *ella* . . . El se quedaría con éstos—los caballos—para el faetón, y los otros, negros, para la carretela de «la Señora» . . . . Así llamábala el cochero, y a él no le disgustaba. Buena parte de su presupuesto le absorbía «su nido» . . . . ¡y qué! ¿No era el dinero para proporcionar satisfacciones, y no era ésta la suprema? El cochero esperaba, firme y recto en el pescante; su gallardía armonizaba con la de los alazanes y con la del carruaje. Le pareció curioso considerar al cochero como una parte del ajuar rodante . . . . Así era todo en estas cosas . . . . Igual hubiéranle tomado a él mismísimo en el banquete ministerial, a pesar de sus vestidos y joyas y carruajes, o quizá por esto precisamente . . . . Resolvió ir—era tiempo—a escuchar al tartamudo . . . .

Miró al cielo en previsión de algún nublado. Le plació su esplendidez, que juzgó *verdaderamente bella* .... *Verdad. Belleza* .... ¡Pero qué afán el suyo de generalizar, de abstraer! Sacudió nervioso la cabeza, como para espantar ideas; mas ellas persistieron como agentes de vida propia. Pensó en el tristísimo papel de su libre albedrío en lo exterior, ya que era un pobre muñeco en lo interior .... ¡en el único campo donde podía imperar su voluntad! Se interrogó que si tras de esos cuerpos—mirando al cielo—y en ese infinito podría encontrarse la Verdad; pero arguyó que igual podía pensarse de cualquier otro planeta dirigiéndose a la Tierra, y que no infinito el espacio sino indefinido. Tampoco concebía sus límites .... ¡Pobre humana inteligencia! Iba a encender un cigarrillo. No; acababa de lavarse la boca y la sentía fresca y perfumada. Fresco también sintió el ambiente, aunque con leve tufo de gasolina. Se acordó de su automóvil: en la «enfermería,» por un antojo de velocidad de su «pantera.» Era ésta en todo un vértigo. ¿Pero qué significaba el mayor vértigo automovilístico junto al rodar de la Tierra sobre su eje y al derredor del Sol, según los astrónomos? El no lo sentía, pero tampoco lo dudaba, inconscientemente respetuoso de estas afirmaciones de la Ciencia.

Esta creencia le hizo sonreir ante la imposibilidad de un escepticismo absoluto, e, inversamente, vaciló sobre la relatividad de todo, mirando inquisidor los innúmeros focos de la

altura, como ansioso de rasgar el velo de lo enorme en busca de una base indiscutible. Le abismó tanta grandeza y sintió su propia mezquindad. La idea deísta—caviló—, falsa o verídica, era más que motivada: su categórica afirmación una ligereza, su negación una audacia y la duda lo sensato, como base de ateísmo racional. Sí, más que motivada. ¿Dónde el *por qué* de lo existente? ¿Qué significado podrían entrañar esas síntesis cada vez menos numerosas, como tendentes a una genésica, de la propia ciencia positiva? ¿Existiría esta realidad única, esta verdad. . . .?

Se olvidó de la perfumada frescura bucal para encender un cigarro. Vió en la calle algunos transeuntes, que le parecieron autómatas; su carruaje, un juguete. Se dió cuenta del llavero—colgante del meñique izquierdo—al sacar la boquilla, que dejó presa en los dientes . . . . ¿Esa unidad sería el punto o principio común de la Religión y la Ciencia, y siempre inaccesible para la Ciencia y la Religión? Juzgó elocuente—de ser cierto—que los movimientos interatómicos fuesen un símil de los interplanetarios. . . . ¡Las mismas leyes rigiendo lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño y conforme a un plan único. . . .! Cortóse su trascendente meditar por lo satírico de «la holganza del talento.» En efecto, encontrábase él embrollado en cosas insolubles por su carencia de gana de trabajar aquella tarde. . . . ¿Pero, no era éste un trabajo? Quizá, pero improduc-

tivo. . . . ¿Improductivo? El suyo sí ¿pero no habían surgido las más grandes actividades de estas holganzas? Por entendido que él siempre sacaba de las suyas una mayor confusión de todo. . . . ¡Ah! faltaba el *talento:* premisa falsa, conclusión falsísima. «De tal palo tal astilla.» «De tales padres—otro dicho de don Blas—hijos grandísimos tales» . . . . Absorto se quedó al descubrir con hiriente lucidez una estricta relación de la Lógica con la Herencia: ¿conclusiones estas últimas de la Lógica aplicada a la Biología? La idea de una lógica biológica le llevó a la existencia de una lógica natural. Pero satirizó presto sus «honduras.» Entre el Filósofo y su filosofar, halló la misma diferencia que entre el Poeta y el poetizar de tantos holgazanes de melena enmarañada . . .

Su pensamiento insistió a despecho de su voluntad: ¿Cómo descubrir la Verdad . . .? Se imaginó sobre sí una enorme avalancha de sacerdotes de todos los cultos, mostrándole cada quien sus dogmas y sus ritos, como únicas fuentes y caminos de la «verdad absoluta» . . . Por supuesto, cada quien—como tenderos—alabando su propia mercancía y rechazando la de sus competidores . . . . No; descubrir la verdad, *verla*. . . . ¿Ser un dios . . . .? La multiplicidad de los mitológicos le hizo pensar en la limitación del saber de cada uno. Un dios único, sapientísimo, infinitamente sapientísimo. . . . No, simplemente *sabio*, porque en lo infinito no cabe relatividad. Le pareció cursi

su pretensión: muchos dioses había en los manicomios y *El Loco Dios* en el teatro. Renunció al descubrimiento de la Verdad, vacía ya de significado. No lo mismo las *verdades*, como hechos, aproximaciones o creencias. . . . ¿Cómo sería el mecanismo planetario? Sublime, de seguro. Ansió sentirle en todas sus manifestaciones. ¡Allí la Belleza, sí! Risible le pareció la cantada por los poetas: mezquina, si del horizonte de los sentidos; fantástica, si del de la imaginación. ¿Pero cómo gozar de lo sublime? Imaginóse un ser de sentidos infinitamente perceptibles en un punto estratégico del espacio. Supuso un quintillón de celestes cuerpos, minuciosamente contados de una sola mirada, dos, tres, *x* veces más grandes que la Tierra en volumen y pensatez; de luminosidad . . . . Truncó sus cálculos el rápido imaginar de un estruendo y un viento nunca concebido—el rodar del astro más cercano a él—, y tuvo el instinto de atornillarse, de clavarse . . ¿En dónde? ¿En un planeta? Igual daba quedarse aquí, en la Tierra. No pudo concebirse clavado en el espacio por una sensación instintiva de vacío y de pesantez. Pretendió seguir tras el fantasma—imaginado así a pesar de *su infinito*—, y nada pudo idear fuera del monstruo, a miles de leguas ya lejano. Reaccionó sobre su infinito, poderosamente. Distinguió la opacidad y la luminosidad de los cuerpos—focos enormes unos y otros grandes reflectores—y distinguió con matemática precisión luminares céntricos, apenas

movibles—en relación al vértigo rodeante,—en derredor de los cuales giraba determinado número de planetas; algunos de éstos, centros también inestables de otros pequeños de perruna agilidad, por ir ora atrás ora adelante de los amos. Precisó la progresión del número en las distancias de los cuerpos y, por ende, la constante y directa relación en la amplitud orbicular y la inversa de tiempo en las evoluciones translativas; en las rotativas simulaban trompos en el aire. Con sorprendente claridad distinguió atmósferas y constituciones individuales, y tuvo la seguridad de la existencia de habitantes fuera de la Tierra; persuadióse del cómo de las estaciones y de los vientos y de las lluvias, igual que de los eclipses y de sus influencias en la vida interior de los cuerpos; penetró con los rayos solares en la materia, vió y apreció su influencia físico-química y creyó descubrir una relación de su calor con los centros ígneos de los cuerpos aun opacos—luminosos más tarde—y la causa de los volcánicos estragos y de los temblores y de una multitud de fenómenos; sintió y determinó los movimientos interatómicos sobre el plano de los interplanetarios, y tuvo conciencia plenísima, con la plenitud absoluta de su supuesto sentir, de la incesante combinación de elementos y de la elaboración perenne de múltiples y variadas substancias.

Se entregó a contar los «cuerpos simples,» los «elementos químicos;» pero creyó que no eran tales todos los considerados, sino conjun-

tos de otros elementos, y entre éstos creyó descubrir uno común, a manera de base o esencia de todos los otros .... ¡Oh! sí, el principio generador, la clave del enigma .. Bruscamente se obscureció lo infinito de su saber y resurgió muda y silenciosa la Esfinge. Le abrumó su enormidad. Mejor—se dijo—, porque ¿qué ilusión tendría la vida sin misterio? El infinito conocimiento sería el infinito fastidio .... ¡Triste consuelo de la impotencia! Fuera de la esencia todo le pareció simplísimo. ¡Pobres sabios de allá aba .... No concluyó, porque ¿qué significado podían tener, en su situación, «abajo,» «arriba,» «derecha,» «izquierda,» «atrás,» «delante»? Le produjo conmiseración el loco afán de los terrestres sabios por descubrir cosas tan sencillas. . . La sequedad de su boca le hizo encender otro cigarro. Su infinito—como si no lo fuera—fué seducido por la sublime majestad de los soles, y quiso ser uno .... *¿Un* sol? Juzgó mediocre ser uno de tantos soles: se supuso único y se autobautizó Máximo Sol. Voluptuosamente soberbio, se imaginó el magno centro luminar del Universo. Estruendosos en el vértigo sideral, los heliosísticos sistemas rendíanle vasallaje en incesante cortejo de sumisión a su autoridad omnímoda, absoluta. Su espíritu se desgranaba magnánimo en perpetuo prodigio de luz, de armonía, de fecundidad hasta en los más apartados confines, y halagábale el contemplar cómo sus cortesanos se componían para recibir en todos sus puntos la fecundante ca-

ricia soberana. Su imperio era el súmun del orden, de la obediencia, de la armonía, de la precisión, de la sabiduría. Pensó que de su propia vida dependía la vida de todo aquel organismo prodigioso.... ¿Quién más que él? ¿Quién su igual siquiera? ¡Nadie!.... El Sol Máximo recordó lo que contestara una «estrella» tauró-maca—allá, en la Tierra y en un puntito llamado España—al ser preguntado sobre quién era el mejor torero del mundo contemporáneo: «Depué de mí *naiden*, depué de naiden er Guerra.» Como la evocación lleválarale a la Tierra, no pudo menos que remembrar lo en ella para él más halagador: su «pantera.» Se le antojó verla—antojillo de soberano—y tendió su luminosa mirada por los confines, hasta distinguir allá, en inconcebible lejanía, un como granillo de pólvora vuelto loco en el espacio. Fué su voluntad que el corpúsculo compareciese ante su Majestad; pero el corpúsculo permaneció indiferente al imperial deseo, siguiendo su vértigo por la órbita acostumbrada ... ¡Cómo, alguien se atrevía a la desobediencia! Se llenó de majestuosa indignación, no exenta de ridículo, y ordenó a un cometa que pasaba cercano que fuese a aplicar ejemplar castigo a la rebelde; pero el cometa siguió definida trayectoria, como predeterminada. Fué aquello el colmo ... ¡sus primeros augustos mandatos no poder modificar en un punto la organización sidérea! ¿Dónde su voluntad? ¡Ni aquí su libre albedrío! ¿Quién o qué incógnita suprema fuerza le ponía un dique?

. . . . ¡A El, al Supremo Sol! Quiso ir a castigar él mismo; pero se dió cuenta de que no tenía más movimiento que uno, constante, determinado, invariable.... ¿Quién se atrevía a marcarle su derrotero?.... Recordó que en la Tierra el hombre se movía aquí y allá; iba al paseo, al teatro, a las ciudades; caminaba a pie, a caballo, en carruaje, en aeroplano....en fin, parecía tener iniciativa...... ¿Era menos esclavo él, como hombre, en la Tierra, que como Sol aquí, en el espacio? Suspiró por su anterior naturaleza; pero su indignación no se extinguía. Le hastió el vértigo del monótono circular de los celestes habitantes en su torno, y un anhelo terrible de venganza se apoderó de su augustísimo ánimo: contemplaría siquiera el aniquilamiento de los mundos. Así lo *quiso*....pero ante su querer, los mundos prosiguieron impasibles sus destinos......Nó y nó; era preciso satisfacer su venganza: inflaría de huracanes sus titánicos pulmones para arrojar al abismo ultrasideral...........

Intempestivo y punzante dolor en la punta de la lengua sacudió su organismo; rápido llevó la siniestra mano....El llavero azotó en sus labios, y pudo percibir el estrellar del ambarino «recuerdo» en el asfalto......

El tabaco se había consumido en la boquilla, y la última aspiración, anhelosa, fué quemante. La conciencia de lo real espantó su fantasía, y sarcástico exclamó:

¡¡El centro sideral, el Sumo Sol, destruído por el cataclismo de un cigarro!!

Con el irónico resabio del suceso y satisfecho de su humana, aunque risible, libertad, cerró el estudio y bajó. No quiso guiar: probaría después el tronco. Miró el reloj: las once. Iría por *ella*, y juntos pasearían una hora por la calzada silenciosa......«¿A dónde, señor?» «Avenida....No—rectificó—, al casino». . . ¡Claro! porque en citas amorosas hay que ser puntualísimo, por estas sencillas razones: para hallar a la mujer lo más sugestiva que sepa ostentarse y para no exponerse a perder la halagadora satisfacción de ser *el único*.

En la Penitenciaría de México, en marzo y abril de 1914.




UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 053018740